WALT DISNEY

# El libro de la selva

Walt Disney

# El libro de la selva

Según la obra de Rudyard Kipling
Adaptación: Cécile Lameunière
Traducción: Angel García Aller

Ediciones Gaviota, s.a.
Madrid España

¡Hola, amiguitos! ¿Queréis leer una bonita historia? Aquí tenéis la aventura de Mowgli, el bebé perdido en la selva. Con él descubriréis nuevos amigos: la buena familia de los lobos; Bagheera, la pantera negra, sensata y prudente; el oso Baloo, de buen corazón y "poca cabeza"; la manada imponente de los elefantes; la de los Bandar-Long, unos monos de los que no hay que fiarse... Temblaréis al encontraros con Kaa, la serpiente pitón de ojos mágicos; y sobre todo con Shere Khan, el tigre devorador de hombres. ¿Qué le ocurrirá al pequeño Mowgli entre tantos peligros? Pasad enseguida la página. Adentraos en la selva...

ÍNDICE


| | |
|---|---|
| Un lobezno como los demás .......... | pág. 6 |
| El décimo cumpleaños de Mowgli .. | pág. 12 |
| El encuentro con la serpiente pitón | pág. 20 |
| La revista de los elefantes ............. | pág. 28 |
| Mowgli se enfada ......................... | pág. 42 |
| Prisionero de los Bandar-Long ....... | pág. 56 |
| Baloo entra en danza .................... | pág. 68 |
| Mowgli juega con los buitres ......... | pág. 90 |
| La tormenta .................................. | pág. 110 |
| Mowgli encuentra a los suyos ......... | pág. 120 |

Bagheera, la pantera negra, tiene un oído finísimo.Conoce todos los ruidos de la selva y, de árbol en árbol, de matorral en matorral, corriendo, trepando, saltando, caza a la caída de la tarde. De repente, un extraño alarido la atrae hasta la orilla del río. ¡Es la primera vez que oye semejantes gemidos! ¡Qué sorpresa! Salen de una vieja canoa encallada en el río. Muy despacio, arrastrándose sigilosamente, Bagheera se acerca...

En la canoa hay una canasta, y dentro de la canasta un bebé que llora y patalea. ¡Un niño abandonado en la selva! Bagheera nunca había visto nada tan bonito. Con una pata, delicadamente, acuna al bebé, que al instante deja de llorar.



Bagheera siente que se le derrite el corazón de ternura. ¡No puede, de ninguna manera, abandonar al niño que acaba de encontrar! Sin su ayuda, pronto moriría de hambre y de frío. ¿Qué hacer? La pantera reflexiona. Porque es muy sensata...

¿A quién confiarlo, en esta selva en la que todos cazan para sobrevivir? Enseguida acude a su mente una respuesta: a alguien que ame a los niños, alguien que tenga hijos. Debe ser criado con una camada de animales... Bagheera no duda: aquella misma mañana había visto, a la entrada de su guarida, a la familia de los lobos al completo. Akela, el padre, marchaba de caza y Mamá Loba se quedaba vigilando los juegos de sus cachorros. ¡Total, un lobezno más o menos...! Seguro que no tendría ningún inconveniente en adoptarlo.



Con el máximo cuidado, llevando la canasta en la boca, la pantera se pone en camino. El bebé ya no llora. Abre los ojos e incluso se ríe cuando Mamá Loba se acerca olfateando. Es como si aquella sonrisa realizara el milagro: "Serás uno más de mis hijos, Mowgli", le dice Mamá Loba, con el corazón radiante de amor, mientras los lobeznos bailan de alegría por la llegada de este nuevo hermanito. Bagheera ya puede marchar tranquila. Pero siempre seguirá velando, a cierta distancia, por Mowgli, "el niño de la selva".

¡Qué amable es la familia de los Lobos! Mowgli crece con ellos, en medio del cariño y la felicidad. Brinca y juega con sus hermanos los lobeznos; cada día quiere más a Mamá Loba, tan valiente y tan tierna a la vez. Los años pasan, y Mowgli se convierte en un muchacho fuerte y despabilado. El día de su décimo cumpleaños, Bagheera viene a la guarida. Hubiera querido hacerle el más hermoso de los regalos, pero...

Desgraciadamente, trae una terrible noticia: Shere Khan, el tigre devorador de hombres, temido en toda la selva, ha tenido noticia de que Mowgli vive con los lobos y ha pregonado a los cuatro vientos que el muchacho no escapará a sus garras, que algún día será su mejor postre...
¡Bagheera tenía que avisarlo urgentemente!

Cuando Akela regresa de la caza, el Gran Consejo de los Lobos se reúne a la luz de la luna. La pantera repite las amenazas de Shere Khan y da su propia opinión:
—Que Mamá Loba me perdone. Sé que esto va a entristecerla mucho, pero Mowgli debe marchar de aquí. Esta selva donde, gracias a vosotros, ha sido tan feliz, ahora es para él un peligro mortal. Tarde o temprano, Shere Khan cumplirá lo que ha prometido. El muchacho tiene que volver con los suyos, a la aldea de los hombres.
Aquello fue un lamento colectivo, un concierto de aullidos. Cada cual daba su opinión, entrecortada por la pena. Todos los lobos querían a Mowgli, y Mamá Loba no podía reprimir sus lágrimas. También Bagheera sentía una enorme tristeza, pero la cordura la obligaba a insistir en su proposición. Cuando los lobos por fin se callaron, continuó diciendo:
—Mañana hablaré con Mowgli, y seré yo misma quien lo acompañe. Además ya era hora de adoptar esta medida: el muchacho ha cumplido diez años y pronto será un hombre. Debe aprender a vivir como los hombres para asegurarse su propia existencia. Nosotros lo salvamos una vez, cuando era un bebé indefenso, y lo salvaremos ahora de Shere Khan.
Sobreponiéndose a su dolor, los lobos aprobaron las palabras de Bagheera y cada cual regresó a su guarida. Mowgli, en la suya, dormía plácidamente. Akela y Mamá Loba lo contemplaban con amor:
—¡Mañana ya no estará con nosotros! ¡Su ausencia será insufrible! —suspiró Akela.
—Es un chico voluntarioso, pero a veces desobediente. ¿Le hará caso a Bagheera? —añadió Mamá Loba.
En el cielo, la luna proseguía, indiferente, su viaje. Aquella noche los lobos no salieron de caza, ni lograron dormirse. ¡Tenían el corazón embargado por una inmensa pena!

Mowgli reaccionó tal y como temía Mamá Loba: cuando Bagheera le explicó que tenía que regresar a la aldea de los hombres, el pequeño montó en cólera.
–Yo soy un lobezno de Akela y de Mamá Loba. Nunca los abandonaré.
Bagheera trata de convencerlo por las buenas:
–Ya sé que los quieres como un buen hijo, Mowgli. Me gusta que seas agradecido. Pero tú no eres un lobo, eres un pequeño hombre. Tu lugar está en la aldea a la que voy a conducirte.
–Pero ¿por qué, si yo soy feliz aquí? –repetía Mowgli, enfadado.
–¡Porque Shere Khan te devorará tarde o temprano! –cortó tajantemente Bagheera.
–Akela cuida de mí en todo momento y, además, ya soy bastante mayor, tú lo has dicho varias veces, para defenderme por mí mismo.
–Deja de decir tonterías y sígueme –replicó la pantera, que ya empezaba a perder la paciencia.
–¡No iré!
Mowgli, enfurecido, se había aferrado al tronco de un árbol. Bagheera tuvo que tirar fuertemente de su calzón. Por fin, Mowgli cedió y, con el corazón oprimido por el dolor, fue a decir adiós a la familia de los lobos:
–Gracias, Akela; gracias, Mamá Loba. Adiós, hermanitos. Nunca os olvidaré; algún día, cuando sea mayor, volveré a la selva y mataré a Shere Khan.
–Entre tanto, sé prudente –le aconsejó Akela–. Obedece a Bagheera; es una pantera muy sensata. No te alejes de ella, tienes más enemigos de los que crees: la hiena, la serpiente, los monos... y muchos otros.
–¡Que seas muy feliz, pequeño! –suspiró Mamá Loba estrechándolo por última vez entre sus patas.

Por invisibles senderos,
a través de la tupida maleza,
Mowgli y Bagheera caminaron
durante varias horas. Mowgli,
tan parlanchín en otros momentos,
ahora no abría la boca.
—¿Todavía sigues enfadado conmigo? —le preguntó
Bagheera.
—No estoy enfadado, estoy pensando —refunfuñó
Mowgli—. ¡Ese viejo tigre no me da ningún miedo!
—Tampoco él te temerá a ti mientras no tengas un fusil
en las manos —replicó la pantera.



El sol se ocultaba por el
horizonte y la oscuridad
comenzaba a invadir la selva.
—Pasaremos la noche en este
árbol —decidió Bagheera—.
Ponte aquí, a mi lado.
Esta vez Mowgli no discutió.
Estaba muy cansado. Se
acurrucó detrás de la pantera,
apoyó la cabeza sobre su suave
y negra piel y se quedó
dormido.

Al amanecer, Mowgli dio unos pequeños saltos de rama en rama para ponerse en forma. Una idea se le cruzó por la mente:
—Bagheera todavía duerme. Podría escapar...
No tuvo tiempo ni de intentarlo. Muy cerca de él, las hojas se movían misteriosamente. Poco después, vio asomar una cabeza con unos ojos espantosos: era la de Kaa, la serpiente pitón. Ayer mismo, Akela la había nombrado entre sus enemigos. Mowgli se quedó paralizado. Lentamente, Kaa desenrollaba la larga cinta de su cuerpo.

—Buenos días pequeño mío
—silbó la serpiente acercándose—.
¡Qué bello amanecer, sobre todo para mí!
—¡Yo no soy su pequeño, así que déjeme en paz!
—respondió Mowgli mirando fijamente a la serpiente.

¡Eso era precisamente lo que no tenía que haber hecho!

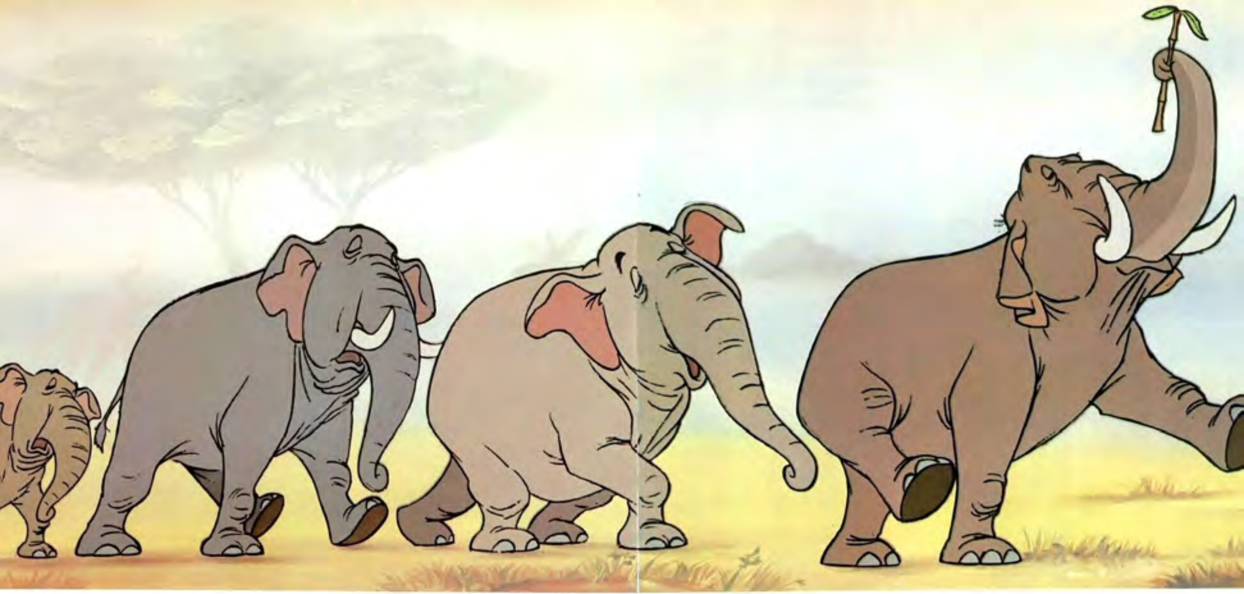
Mowgli sentía que sus ojos se agrandaban, y no podía apartarlos de la pitón. Kaa también miraba fijamente a Mowgli, en silencio, con un destello de satisfacción en sus pupilas amarillas. Luego, lentamente, fue enrollando su cuerpo alrededor del muchacho para aprisionarlo con sus anillos, fríos como el hielo. Mowgli, hipnotizado, era su presa.

La serpiente abrió la enorme boca y... un violento zarpazo la hizo retroceder:
—¡Maldita serpiente! —rugió Bagheera—. ¿No te da vergüenza atacar a un niño indefenso?
Kaa silbaba de rabia y furor. Sin atreverse a mirar siquiera, la serpiente desapareció entre el follaje.



—¡Espero que de ahora en adelante seas más prudente! —gruñó Bagheera.
Mowgli, avergonzado y cabizbajo, reemprendió el camino y, al llegar la segunda noche del viaje, se durmió sin rechistar, acurrucado contra Bagheera. Pero, mientras dormía, planeaba en sueños nuevas aventuras...

Cuando el primer rayo de sol roció de oro la cima de los grandes árboles, el frescor, el estremecimiento de la selva al amanecer, sacaron a Mowgli de su sueño. Bagheera todavía dormía y ni siquiera rebulló cuando la mano del muchacho acarició su lomo suave, negro y brillante.
–Te quiero mucho, Bagheera –murmuró Mowgli–. Por eso mismo, deseo quedarme en la selva. Es como si hubiera nacido aquí; en cualquier otro sitio, me aburriría hasta la desesperación. ¿Qué haría yo sin mis hermanos los lobos, sin los consejos de Akela, sin mi viejo amigo Baloo, ese oso tan travieso, pero que sabe unos juegos tan divertidos? Bagheera, espero que no lo tomes a mal: soy "el niño de la selva" y voy a desobedecerte.
Mowgli escuchó atentamente durante unos instantes: Bagheera seguía roncando. ¡Era el momento oportuno! ¡Ahora o nunca! Ya no se acordaba del encuentro con Kaa y su boca amenazadora. Se agarró a una liana y se lanzó al vacío. Los verdes helechos amortiguaron su caída. Mowgli levantó los ojos: Bagheera ni se había movido. Le dijo adiós con la mano y se puso en camino.
–¡Ha llegado el momento –se decía Mowgli– de demostrar quién soy, de lanzarme a la aventura! Shere Khan ni se le pasaba por la imaginación. Esta –creía– iba a ser una aventura como tantas otras que había corrido entre los clanes enemigos. El oso Baloo, por ejemplo, había intentado meterle miedo muchas veces, pero todo era una broma...
Mowgli, ahora, trataba de encontrar el camino que lo condujese a la guarida de los lobos. El sol parecía arder en lo alto del cielo. De vez en cuando, picoteaba un fruto silvestre. ¡La selva era, verdaderamente, un paraíso!

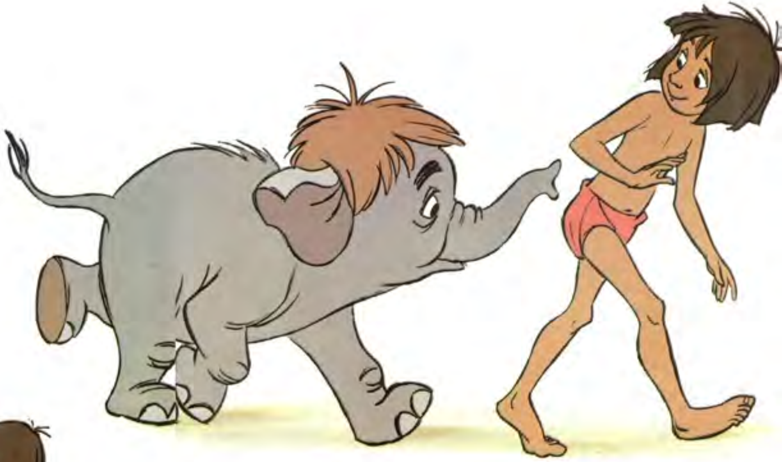


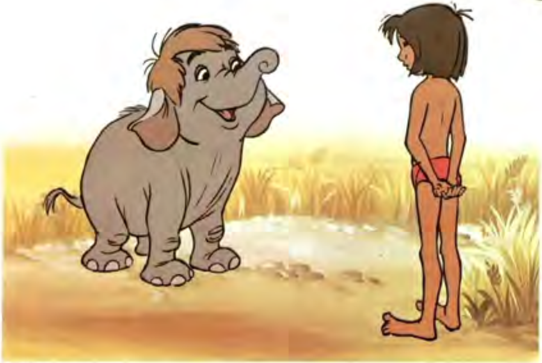
Feliz y contento, Mowgli continuaba su camino, silbando (unos silbidos, por cierto, que se parecían mucho a los aullidos de sus hermanos los lobos). Pero, de pronto, se detuvo para escuchar atentamente: Un ruido sordo, acompasado, hacía estremecer la selva. De tres saltos, Mowgli se subió a una rama y, desde allí



presenció un curioso espectáculo:
Una retahíla de elefantes desfilando.
El jefe Hathi, a la cabeza, marcaba el paso: ¡Uno, dos! ¡Uno, dos! Avanzaban con sus cuerpos enormes, haciendo temblar la tierra, lanzando bramidos a modo de canto militar.

Mowgli se sentía minúsculo ante aquellos enormes animales, pero le parecían simpáticos, a pesar de los aires de general en jefe que se daba Hathi dirigiéndoles con su bastón de mando. Crujían las ramas, las cañas, todo lo que encontraban a su paso. Mowgli los contemplaba asombrado, y de pronto vio, bastante alejado de los demás, enredado entre unos arbustos, a un elefantito todavía muy pequeño para hacer de soldado...







—¡Buenos días! —gritó Mowgli—. ¿Vais a la guerra?
No. Simplemente estamos haciendo ejercicio —respondió el elefantito—. ¿Quieres hacerlo tú también? ¡Verás qué divertido es!
—¡Pero yo sólo tengo dos piernas y, además, no tengo trompa!
—¡Pues anda a cuatro patas, da fuertes pisadas en el suelo y levanta la nariz todo lo que puedas! ¿Vienes? Hathi se alegrará de tener un soldado más.

¡Mowgli no iba a rehusar aquella invitación tan divertida! Y decidió añadirse a la tropa de los elefantes.
—¡Qué lástima —pensaba— que Mamá Loba o Baloo no puedan verme! ¡Soy un famoso soldado!
Y caminaba, se detenía, giraba, volvía a ponerse en marcha siguiendo las órdenes del general elefante. ¡Nunca había jugado a nada tan divertido, ni siquiera con los lobeznos!

Era, por supuesto, mucho más hábil que el resto de la tropa, que tal vez ganaba las batallas por "peso", pero no por rapidez...

—¡Derecha, izquierda! ¡Derecha, izquierda! ¡Alto! —bramaba Hathi. ¡Bum! Mowgli, en su afán por hacer el ejercicio demasiado bien, se dio de narices —nariz contra trompa, claro está— con el elefantito que estaba a su misma altura. Los dos estallaron de risa.

Pero no fueron los únicos que sufrieron un accidente. Hathi continuaba dando órdenes cada vez más rápidas y los pobres elefantes que trataban de seguirlas no sabían ya hacia dónde girar la cabeza, las patas o la trompa. ¡Y surgió el desastre!
¡Un enmarañamiento de montañas grises que



pataleaban y forcejeaban por salir de aquel embrollo!
—¡Más atentos, señores, más atentos a mis órdenes! ¡Qué torpes sois! ¡Vaya unos soldados que tengo! —gritaba Hathi, enfurecido—. ¡A vuestros puestos! ¡Todos en fila! ¡Este ejercicio hay que hacerlo más rápido!

–¿Más rápido todavía? Hathi está en un error –murmuró Mowgli a la oreja del elefantito–. ¡Va a reventar a sus soldados!
–Hathi es un gran general, que conoce perfectamente a su tropa. ¡Lo más bonito es cuando pasamos revista! –continuó el elefantito.
–¡A mí no me gusta ponerme en fila ni pasar revista! –precisó Mowgli en tono desdeñoso–. Estoy acostumbrado a la libertad y me gusta ir adonde me plazca...
–¡Entonces, nunca serás un buen soldado, ni llegarás a general!

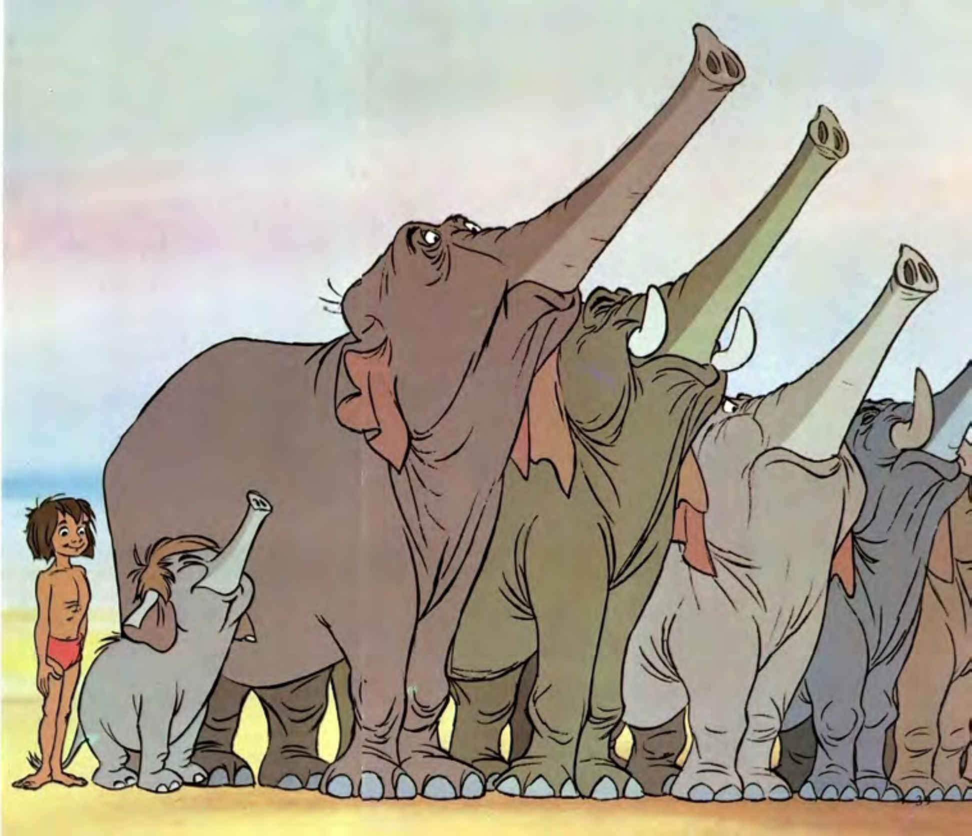
–¡En la selva no se necesitan generales! –aclaró Mowgli–. La selva es la tierra de los animales libres.
Al elefantito ya empezaban a aburrirle estas consideraciones tan profundas, y cortó la discusión:
–De todas maneras, nos hemos divertido mucho, ¿no? Y ahora vamos, tenemos que pasar revista. El general se fija especialmente en la vestimenta; así que alísate un poco el calzón y manténte firme, bien firme, a mi lado.
Mowgli decidió continuar aquel juego y se colocó en el sitio ordenado.

Los elefantes estaban perfecta e impecablemente alineados. Ninguna pata estaba más adelante que otra, y sus trompas se elevaban al cielo como trompetas anunciando la victoria. El elefantito enarbolaba la suya con orgullo, lo más alto posible, pero no sobrepasaba la cabeza de Mowgli, que se mantenía firme, y bien firme, a su lado.

–¿Esto va a durar mucho tiempo? –resopló Mowgli–. ¡Ya siento un hormigueo en las piernas...!

–¿Cómo dices? ¿Hormigas? ¡Eso nunca ha perturbado a un elefante!

–¡Pero yo no tengo piel de elefante! –refunfuñó Mowgli–; además, no he dicho "hormigas", sino "hormigueo"; lo que quiero decir es que...



El elefantito nunca supo lo que Mowgli quería explicarle con aquella historia de "hormigas" y "hormigueos". Un terrible bramido le hizo estremecerse de la cabeza a los pies. Hathi había levantado a Mowgli como una simple pluma al viento:
–¡Scroñefff! ¡Scroñefff! ¿Qué animal es éste?

–Es un niño, mi general –respondió el elefantito con una voz temblorosa–. ¡Pero le gustan mucho los elefantes...!
–¡Pero a mí no me gustan los niños! ¡Éste será juzgado y castigado como se merece!
–¡Eso ya lo veremos! –se oyó.
El general, sorprendido, levantó los ojos y descubrió a Bagheera en un árbol.
–Es cierto que Mowgli merecería un castigo, por irresponsable. Pero ahora tiene que abandonar la selva y venir conmigo... Soy la encargada de devolverlo a los hombres. Hathi temía a la pantera. Depositó a Mowgli en tierra y dijo, no de muy buena gana:
–Entonces, ¡buen viaje! ¡Y llévatelo inmediatamente!

—¡Menos mal que he llegado a tiempo, insensato! ¡La trompa de Hathi no es muy atractiva, que digamos!
—¡Bah! ¡Ha sido muy divertido! —respondió Mowgli encogiéndose de hombros—. Los elefantes son muy fuertes, pero yo soy más astuto que ellos...
—¿Astuto? Y casi tan travieso como tu amigo Baloo, pero mucho más indefenso, no lo olvides... —le recriminó la pantera, enojada.
—Pero vamos a ver, Bagheera, ¿no fuiste tú la que me llevó a casa de los lobos? ¿No has dicho siempre que quieres que sea feliz en la selva? Entonces, ¿por qué quieres que me marche?
—¡No seas tan testarudo y atiéndete a razones! Lo que yo quiero es salvarte. No sé como hacerte comprender que tú no eres un lobezno, que tú eres un pequeño hombre y que aquí, aunque tengas verdaderos amigos, también tienes terribles enemigos que te acechan y ante los cuales no podrás defenderte. Shere Khan te busca y, tan pronto como te encuentre, te devorará de una sola dentellada.
—¡Tienes unas ideas muy negras! —dijo Mowgli, incapaz de comprender el peligro que corría—. Yo todavía no he visto a ese tigre y, probablemente nunca lo veré. Además, ¡en último caso, estás tú para defenderme!

—¡Pero yo no puedo estar siempre a tu lado!
—¡Basta ya, Bagheera! —cortó el testarudo muchacho—. Te aprecio mucho, pero me aburres con tus consejos. Hace un día precioso y voy a dar una vuelta por el bosque. ¡Y a ver si dejas de soñar con esa historia del tigre devorador de niños!
Mowgli se alejó corriendo.
—¡Verdaderamente, esta pantera sufre pesadillas! —pensaba—. Si pudiera encontrar a Baloo, cambiaría todo...

No tardó en encontrarlo, guiado por una voz que intentaba cantar, pero que sólo emitía unos gruñidos ridículos. Baloo estaba apoyado en el tronco de un banano, con las manos sobre la barriga y mondándose de risa: el oso siempre estaba de buen humor.

–¿Quieres jugar conmigo? –le preguntó Mowgli.

–¡Buena pregunta! ¿A qué jugamos?

–Te propongo un concurso de muecas y gestos raros.

Hinchando los carrillos, enseñando los dientes, se divirtieron como dos locos, y luego decidieron dar un paseo.

Mowgli, montado a lomos de Baloo, encontraba muy agradable aquel paseo.
—Me gusta más viajar contigo que con Bagheera —decía—. La pantera no sabe más que darme consejos.
—La pantera te quiere bien, y creo que ella es más inteligente que yo —reconoció honradamente Baloo—. ¡Conmigo siempre estarás haciendo tonterías!
—¡Las tonterías son muy divertidas! —concluyó Mowgli—. Yo hacía muchas en casa de Mamá Loba.
—Pero ella te reprendía. Yo, aunque quisiera, no

podría: ¡tengo un corazón demasiado sensible!
—A mí me gustas como eres, Baloo. Pero ahora tengo un hambre de lobo. ¿Adónde me llevarás a almorzar?
—Muy cerquita de aquí. He descubierto un sitio ideal para golosos. Ya me dirás qué te parece.
—¡Mmm! —se relame Mowgli—. ¡Vete diciéndome el menú!
—¡Plátanos en su punto, pinchitos de bayas y, de postre, una miel de rechupete! Confía en mí, verás cómo te gusta.
Baloo tenía razón: ¡era una comida deliciosa!

A Mowgli le encantaban los plátanos. ¡Allí había unos racimos enormes! Uno y otro se esforzaban por encontrar el plátano más grande:
–Toma, Baloo. ¡Este es casi un plátano-elefante!
–¡Este es mejor! ¡Fíjate qué grande y qué maduro!



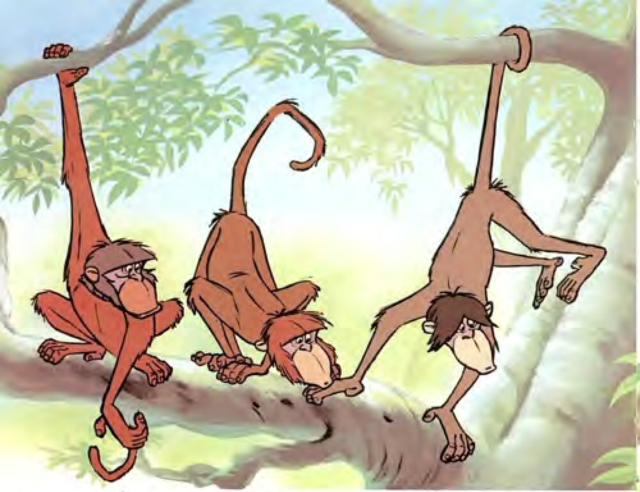
Se dieron tal atracón que Mowgli no pudo menos de confesar:
–¡Siento una gran pesadez en el estómago! Me parece que he comido demasiado.
–Conozco un buen remedio –respondió Baloo.
Y se puso a bailar. Mowgli soltó una carcajada y luego comenzó a bailar también. Saltaban y giraban sobre sí mismos cadenciosamente. ¡Húy, qué divertido!
–Me parece que ya he hecho la digestión –anunció por fin Mowgli.

Tras recuperar el aliento y descansar un poco, Baloo propuso:
–¿Qué te parece ahora un combate de boxeo, muchacho?
–¡Estupendo!–exclamó Mowgli apretando los puños–. Bagheera siempre dice que soy un peso pluma. ¡Vas a saber quién soy yo!
Mowgli agachó la cabeza y arremetió contra Baloo, golpeando con todas sus fuerzas. Baloo sonreía. Le hubiera bastado con mover simplemente una de sus poderosas patas para derribar a su joven contrincante. Pero Baloo se divertía. Aunque los puñetazos de Mowgli no le producían ningún daño, Baloo se quejaba:
–¡Basta, basta, basta! Eres todo un campeón, Mowgli. ¡Me has dejado K.O.!
Orgulloso de su hazaña, Mowgli trepó a la panza de su amigo, ahora sentado sobre los helechos.
–Anda, cuéntame una historia –le pidió.

—Había una vez... —comenzó Baloo.
—... dos necios irresponsables —cortó Bagheera—, saltando de un árbol cercano.
Mowgli, como un resorte, se subió a hombros de Baloo.
—¡Os estáis divirtiendo alegremente, mientras Shere Khan anda por estos parajes a la caza y captura de Mowgli! Vamos, pequeño, sé razonable y sígueme. Tienes que ir a vivir a la aldea de los hombres.
—¡Yo soy feliz en la selva! Baloo me comprende mejor que tú. ¡Me quedaré con él!

Al oso se le iluminó la cara de satisfacción.
—No te preocupes, Bagheera. Que se quede conmigo. Ya lo llevaré yo hasta su aldea —dijo Baloo, guiñando maliciosamente un ojo a su joven amigo.
—Puedes marchar tranquila, Bagheera. Yo cuidaré de él; mi vista excelente descubrirá el menor peligro.
—Sí, sí... ¡tu vista excelente! —gruñó la pantera—. ¡Estás confundiendo mi rabo con una liana! En fin, arreglaos como podáis. Cuando os hayáis cansado de reír, Shere Khan se encargará de devolveros un poco de razón...

La pantera se marchó. Baloo y Mowgli bajaron hasta el río.
–¡Fíjate como hago la plancha! –reía Baloo.
–¡Y yo soy un navegante! –exclamaba Mowgli sobre la panza del oso.



¡Qué curiosa tripulación! Baloo se deslizaba río abajo y Mowgli se entretenía echándole agua en el hocico para que estornudase.
–¡Qué bella es la vida con Baloo! ¡Tra-la ra-la-la! –cantaba Mowgli–. Somos más listos de lo que Bagheera cree. La pantera ya chochea, no sabe lo que dice. Cuando era pequeño necesitaba sus consejos, pero ahora soy libre, ¿entiendes?
Baloo no entendía nada: se había quedado dormido como un tronco.
Un poco más arriba, ocultos entre el follaje de los árboles, había algunos que precisamente no dormían, atentos a cualquier movimiento de Mowgli: los monos Bandar-Long.



Bagheera y Mamá Loba le habían repetido muchas veces: "Desconfía de los monos. Tratarán de engatusarte con sus piruetas y sus gestos, pero si te atrapan, se acabó la risa... Son malvados, no te acerques a ellos".
Mowgli recordaba aquellos consejos, pero... ya era demasiado tarde: dos largos y velludos brazos lo levantaron por los aires.
–¡Socorrooo! ¡Baloooo!
El oso abrió un ojo, luego el otro y, al ver a Mowgli entre los monos, lanzó un gruñido de furor.

–¡Esperad, canallas! –gritaba dirigiéndose a los Bandar-Long.
–¡Ji, ji, ji! –reían los monos burlonamente–. ¡Mira a ver si lo atrapas!
Y balanceaban al desgraciado Mowgli ante las mismas narices de Baloo.



Baloo salió del agua y echó a correr por entre los árboles en los que los monos saltaban alegremente, pasándose de rama en rama, de mano en mano, a Mowgli como si fuera un juguete. El oso bramaba de ira:
–¡Ladrones de niños! ¡Miserables, estúpidos! ¡Soltad inmediatamente al muchacho! Voy a ...
–... ¡Tú vas a caerte! –gritaban a coro los Bandar-Long.
Dos jóvenes monos tendieron una liana de lado a lado del camino. Baloo, un poco miope, no advirtió la trampa, ni apenas tuvo tiempo de comprender lo que ocurría. ¡Patatrás! Perdió el equilibrio y su pesado cuerpo comenzó a rodar pendiente abajo.
–¡Socorro, Mowgli, Bagheera! ¡Socorro!

Mowgli también gritaba. Era lo único que podía hacer: los Bandar-Long continuaban lanzándolo de rama en rama. Aterrorizado, veía al pobre Baloo rodar como un tonel, intentando en vano agarrarse a algún arbusto. Luego se oyó un gran crujido: la peña cedió bajo el peso del oso y éste cayó, de roca en roca, hasta el fondo del barranco. Mowgli lo creyó muerto y se debatía vociferando:
–¡Bandar-Long, asesinos! ¡Soltadme! ¡Os odio! ¡Habéis matado a mi amigo! ¡Socorro!



Los monos se mondaban de risa ante los gritos desesperados de Mowgli. Abajo, entre las rocas, Baloo ni rebullía.
–¡Bagheera, Bagheera! ¡Socorro, Bagheera!
Instintivamente, en los momentos de peligro, Mowgli se acordaba de la pantera negra. Lo sacaba siempre de los mayores apuros; nunca lo había abandonado, aunque éste se hubiese burlado tantas veces de sus consejos. Mowgli dejó de gritar: acababa de ver allá abajo, en el fondo del barranco, algo así como un relámpago negro.
Baloo sollozando abrió un ojo: la pantera estaba inclinada sobre él y lo zarandeaba sin miramiento alguno.
–¿Qué has hecho de Mowgli? –le preguntó.
–Allá arriba..., está allá arriba con los Bandar-Long. ¡Se lo han llevado! –jadeaba Baloo, indicando la colina–. Yo me he caído, me duelen todas las costillas; yo...
–...tú sólo tienes lo que te mereces –refunfuñó Bagheera–. ¡Y levántate ya! ¡Hay que encontrar a Mowgli, secuestrado por tu culpa! No me fío en absoluto de esos locos de los Bandar-Long...
–¡Son unos inbéciles! –exclamó Baloo.
–¡Y yo conozco a otro imbécil! –replicó Bagheera, muy enfadada–. ¡Vamos a buscarlo!

A la salida del barranco todo estaba en calma. ¡Ni sombra de los Bandar-Long en los árboles! La banda de los monos había desaparecido y Mowgli con ellos.

—¿Dónde se habrán metido? —gemía Baloo, frotándose su espalda magullada.

—¡Aunque sólo sea por esta vez, pon a trabajar tu cerebro! —respondió Bagheera—. Los Bandar-Long no querían sólamente jugar con el pequeño. Estoy segura de que lo han conducido hasta su rey.

—¿Al viejo templo en ruinas?

—Al viejo templo, efectivamente, al que ellos llaman el palacio Bandar-Long.

—¿Y qué haremos? —seguía sollozando Baloo.

—¡Eso es lo que quisiera saber yo! —respondió la pantera—. Lo que está claro es que Mowgli es su prisionero y que tenemos que liberarlo.

Bagheera no estaba equivocada. Tan pronto como un centinela avisó de la llegada de la pantera, toda la manada de los monos tomó el camino del templo. Sin bajar a tierra, saltando de rama en rama, portando a Mowgli como si fuera un vulgar paquete, los Bandar- Long atravesaron el bosque rápidamente. El muchacho abrió unos ojos como platos al divisar a lo lejos una casa muy alta, con hermosas esculturas que el paso del tiempo había deteriorado.
—¿Adónde vamos? —preguntó al mono que lo conducía.
—Al Palacio Bandar-Long —le respondió—. ¡Vas a conocer a nuestro rey!
—Yo no tengo nada que decirle —refunfuñó Mowgli—. ¡No tengo ningún interés por conocerlo!
—Pues tú a nosotros sí nos interesas, y nuestro rey tendrá algunos preguntas que hacerte —replicó el mono—. Por el momento, cállate. ¡Ya te hacemos bastante honor con llevarte al Palacio!
—Todos los habitantes de la selva dicen que estáis locos, y es cierto! —murmuró Mowgli.
Una patada le hizo callarse. Otra lo empujó hacia adelante y el mucacho fue a parar ante un viejo mono que estaba sentado en un majestuoso trono.
—Os presento mis saludos, señor —dijo Mowgli haciendo una burlona reverencia.
—¡Encantado de conocerte, pequeño! —respondió el rey, tendiéndole un plátano de bienvenida—. Me han dicho que eres muy inteligente; eso me gusta, y tendrás que hacerme un gran favor.
—¡Bueno, si puedo, lo haré con mucho gusto! —respondió el muchacho con ciertos aires de importancia.
—Enséñame el secreto del fuego. ¡Sé que los hombres lo conocen! Cuando lo conozca yo, seré el rey de toda la selva...

—Pero yo lo ignoro —protestó Mowgli—. Mamá Loba, la que me ha educado en la selva, no me lo enseñó. El rey, contrariado, comenzó a dar fuertes palmadas para manifestar su ira.

Los monos creyeron que era la señal convenida para comenzar la fiesta y arrastraron a Mowgli a una danza de locos. Incluso el rey, que no coordinaba bien sus ideas, se añadió a la danza. Nadie había visto allá en lo alto, sobre una columna, la silueta negra de Bagheera.

La pantera contemplaba el espectáculo en silencio. Mowgli se divertía de lo lindo. Nadie prestó atención a la entrada de un nuevo bailarín, de imponente talla, vestido con una faldilla de hojas de banano. Era Baloo. Venía para salvar a Mowgli, pero no le desagradaba en absoluto jugar un poco antes de intervenir. Sin rencor alguno por la caída y las magulladuras sufridas, tendía la pata a aquellos Bandar-Long sin cerebro e iba siguiendo el ritmo en la medida en que su peso se lo permitía. Nadie se preocupaba ahora por el secreto del fuego; incluso Mowgli parecía haber olvidado que era prisionero de aquella tribu de locos. Únicamente la sensata Bagheera, allá arriba, cerca de la entrada del templo, observaba la escena y calculaba el momento propicio para liberar a Mowgli.

La pantera no pudo menos de sonreír al ver a Baloo disfrazado.
—¿Será tan estúpido como parece? —pensaba—, ¿o acaso está tratando de engatusar al rey de los Bandar-Long para llevar a Mowgli hasta la salida?



—¡Ojalá consiga acercar al pequeño hasta la salida! De lo demás me encargo yo.
En efecto, la alegre banda de los monos seguía a Baloo riendo, confiadamente. El rey no cesaba de dar palmadas y Mowgli gritaba y saltaba sin perder el ritmo. Un ritmo cada vez más rápido...

–¡Badadú, badadón, badadú, badadón, pon pon! –cantaba Baloo con su potente voz, levantando acompasadamente las patas.

–¡Badadú, badadón, pon pon! –repetía el rey de los Bandar-Long, entusiasmado con aquel extraño y simpático bailarín. Le agarró de la mano y todos los monos se detuvieron para acompañar la canción con palmadas y aplaudir a aquella curiosa pareja, que giraba y giraba cada vez más deprisa.

Tan deprisa, que Baloo perdió su máscara y su faldilla. Tras un segundo de estupor, cundió el desconcierto general entre los monos:

–¡Baloo, es el oso Baloo! –gritaban corriendo en todas las direcciones.

–¡Sígueme, Mowgli! –aullaba Baloo–. ¡Pongámonos a salvo! ¡Rápido, rápido! Y lo arrastró hacia la salida.

–¡Atrapadlos! –gritó el rey, furioso.

El propio rey saltó como una centella y agarró a Mowgli por una mano. Baloo tiraba de la otra. El muchacho, horrorizado, a punto de ser descuartizado entre dos fuerzas terribles, gritaba de pánico y de dolor. Parecía que Baloo iba a vencer, cuando se oyó un siniestro crujido: la columna del templo a la que el rey de los monos se había aferrado estaba cediendo y toda la galería de piedra amenazaba con derrumbarse. El rey de los Bandar-Long soltó a Mowgli y se apresuró a reemplazar la columna. Con los brazos extendidos, a duras penas sostenía el edificio. ¡Mowgli estaba libre, estaba a salvo!

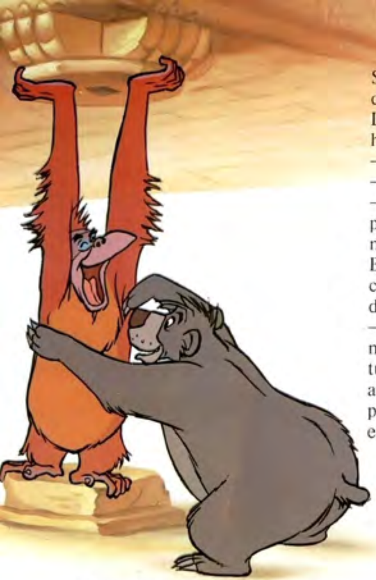


¡Pero Baloo a veces parecía demasiado tonto! No se le ocurrió otra idea más divertida que imitar al rey y reemplazar la otra columna...

—¡Qué fuertes somos los dos! —decía Baloo sin darse cuenta del peligro que corría—. ¡Estamos soportando un palacio sobre nuestros hombros! Nadie en la selva ha hecho algo semejante. ¡Ja, ja! ¡Esto hay que verlo para creerlo!

—No sé de qué te ríes —gemía el mono, sintiendo que los músculos se le agarrotaban—. ¡Esto pesa demasiado y me duelen mucho las muñecas!

De pronto, al oso se le ocurrió una genial idea.



Se lanzó sobre el desgraciado Bandar-Long y comenzó a hacerle cosquillas:
—¡Guli, guli, guli! —reía Baloo.
—¡Ay, ay , ay! ¡Para, para! ¡Que no aguanto más! —sollozaba el rey.
Baloo, entusiasmado con aquel juego, le decía:
—¡Estás haciendo las mejores muecas de toda tu vida de mono, auténticas muecas de payaso! ¡Parece que estoy en el circo!

—¡A mí, Baloo! —gritó Mowgli.
Esta llamada devolvió al oso a la realidad. Dejó al mono y se lanzó hacia el muchacho, que Bagheera acababa de izar sobre sus espaldas. ¡Apenas había tiempo! Todos los Bandar-Long se abalanzaban aterrorizados, cuando el templo, con un estruendo impresionante, se vino abajo. Afortunadamente, el trío de nuestros amigos había logrado ponerse a salvo...

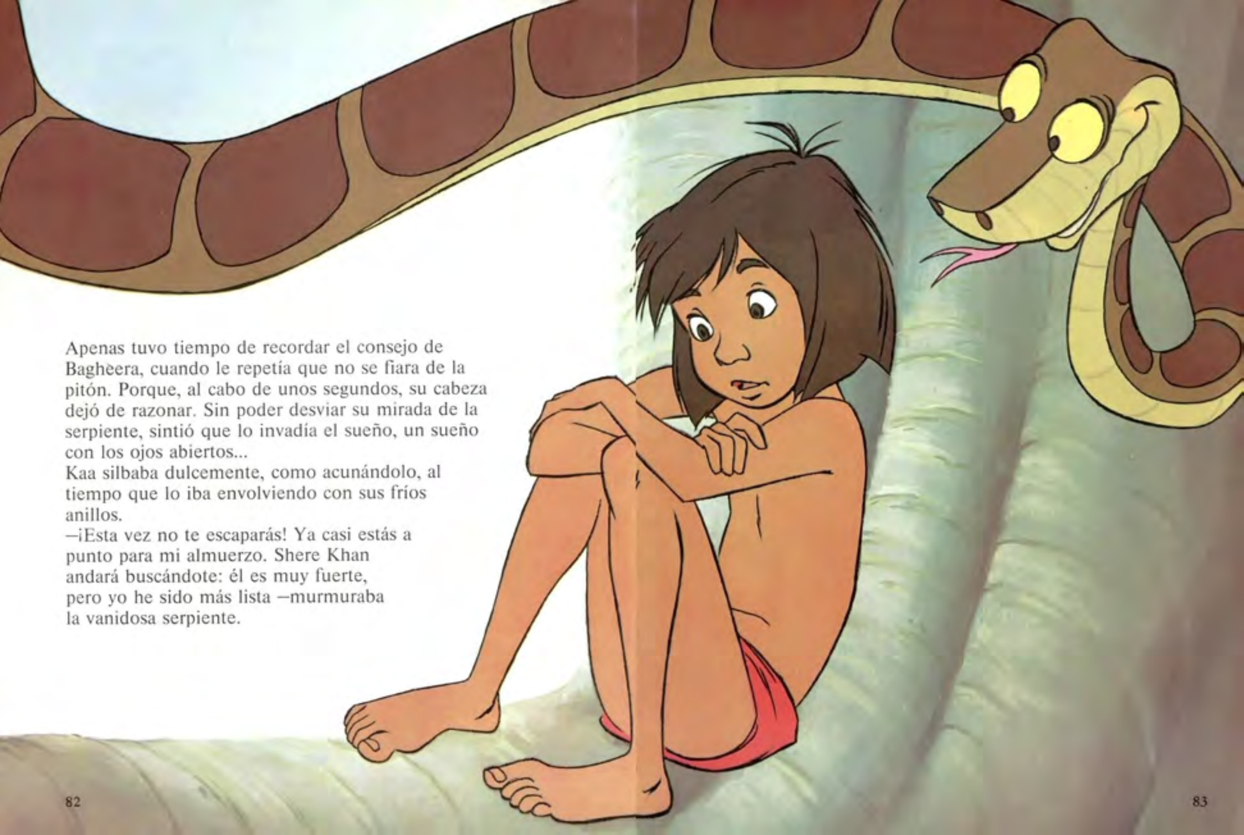
—Espero que esta vez hayas comprendido: ¡Mowgli corre peligro en esta selva! —dijo Bagheera a Baloo—. Shere Khan no andará muy lejos. Así pues, se acabaron tus payasadas...
Baloo bajó la cabeza, avergonzado de su conducta.
—Pero el muchacho quiere estar conmigo —suspiró.
—Bueno, eso tiene arreglo: condúcelo tú hasta la aldea de los hombres. Pero tenéis que ir directamente, sin deteneros a jugar por el camino.
Baloo aceptó; prometió vigilar a Mowgli en todo momento y anunció a éste que partían de viaje.
—¿Adónde vamos?

Baloo seguía andando sin responder, con gesto triste y preocupado. Mowgli enseguida lo adivinó:
—¿A la aldea de los Hombres? ¿Es allí donde me llevas? Pues vete tú solo; yo no voy...

Antes de que Baloo pudiera reaccionar, Mowgli ya había desaparecido en la espesura de la selva. Estaba enfurecido. Todo el mundo lo traicionaba: no sólo Bagheera, la vieja y chocha pantera que veía peligros por todas partes, sino también el bueno de Baloo, a quien tanto quería y con el que nunca se aburría...



Bueno, seguiría él solo dando un paseo y por la noche regresaría a casa de Mamá Loba.
Ya se le iba pasando el enfado. Le gustaba caminar por la espesa jungla, deslizándose por entre los enormes helechos que le acariciaban el rostro. ¡Aquella era su verdadera casa!
—¡Vaya unas ideas que se le ocurren a Bagheera...! —pensaba.
Un prolongado silbido le hizo detenerse. Las hierbas se movieron y apareció la serpiente Kaa, con aspecto amable y una misteriosa sonrisa en su boca.
—¡Buenos días, Mowgli! ¡Me alegra mucho volver a verte!
—Pues a mí no —respondió él, intentando volver la cabeza.
Pero ya era tarde. El extraño poder de la serpiente se había adueñado de él. Una vez más, era prisionero de los ojos de Kaa.



Apenas tuvo tiempo de recordar el consejo de Bagheera, cuando le repetía que no se fiara de la pitón. Porque, al cabo de unos segundos, su cabeza dejó de razonar. Sin poder desviar su mirada de la serpiente, sintió que lo invadía el sueño, un sueño con los ojos abiertos...

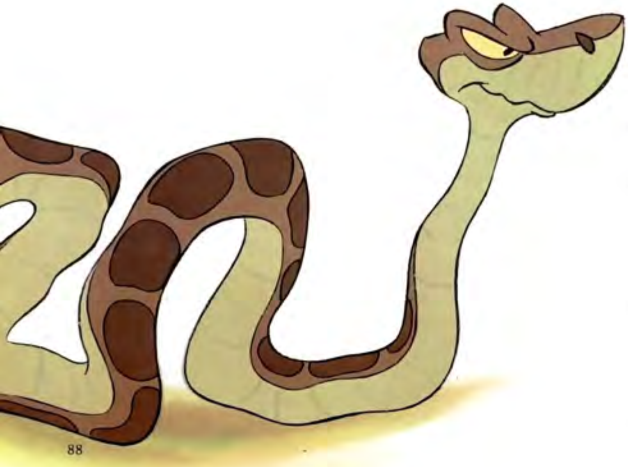
Kaa silbaba dulcemente, como acunándolo, al tiempo que lo iba envolviendo con sus fríos anillos.

—¡Esta vez no te escaparás! Ya casi estás a punto para mi almuerzo. Shere Khan andará buscándote: él es muy fuerte, pero yo he sido más lista —murmuraba la vanidosa serpiente.

–¿Hablas de mí?
Kaa se sobresaltó: el arrogante y soberbio Shere Khan estaba allí.
–¿Con quién estabas hablando? –preguntó el tigre.
–¿Yo? Con nadie. A veces hablo yo sola, para hacerme compañía –afirmó la serpiente con mucho descaro.
–¡Qué costumbre tan rara! –precisó Shere Khan–. Aunque yo no me fío mucho de ti. Muéstrame tus anillos.
La serpiente desenrrolló algunos lentamente, intentando ocultar a Mowgli a los ojos del tigre.
–Ya ve usted, Shere Khan, que digo la verdad.
–¡Más te vale! –respondió el tigre.

—¿No habrás visto a ese tal Mowgli por estos parajes? Ando buscándolo.
—¡No he visto ni su rastro! —mintió la pitón. Debería usted buscarlo en la guarida de Akela. ¿No es allí donde vive?
—Vivía —corrigió el tigre—. Según mis informaciones, ya no está allí.
—Si por casualidad lo viese, le avisaría a usted inmediatamente —respondió Kaa, que comenzaba a sentirse incómoda con aquello que rebullía bajo su cola. La situación era tan preocupante para ella como para Mowgli: Shere Khan nunca perdonaba a quienes lo engañaban.

Kaa se estremecía de miedo. Pero el tigre, por fin, levantó la poderosa garra con que la tenía aplastada contra el suelo y, con gran agilidad, se alejó selva adentro. Kaa respiró tranquila y aflojó un poco sus anillos: fue la ocasión propicia para que Mowgli saltara como un rayo. Acababa de experimentar el mayor miedo de su vida, acorralado por dos crueles enemigos. Y corrió, hasta perder el aliento, en dirección opuesta a la que había tomado Shere Khan.



Cuando se detuvo, estaba al borde del Lago Negro, un siniestro lugar del que Mamá Loba le había hablado alguna vez, recomendándole que no se acercase a él. Aquel lugar parecía desierto y Mowgli se sentía perdido.

Bruscamente, unas sombras le ocultaron el sol y vio, en medio de un estruendoso batir de alas, llegar sobre él una bandada de buitres. Mowgli se sentó en una roca, cercado por aquellos pájaros tan raros y de tan mala reputación en toda la selva. Aunque, la verdad, los buitres no parecían tan antipáticos:
—Buenos días, camarada —dijo el primero, que parecía el jefe de la banda.
—Buenos días — respondió tímidamente Mowgli—. ¿Qué queréis de mí?
—¡Queremos tu bien, tu felicidad, sólo eso! Antes de nada queremos decirte que nos alegramos de conocerte personalmente. Te habíamos visto muchas veces ante la guarida de Akela, pero desde las alturas...

Atraído por esta proposición, Mowgli se situó en medio de un gran círculo de alas batientes. Los buitres brincaban, a cual más y mejor. El muchacho ya parecía más alegre. Con sus hermanos los lobos nunca había jugado a volar. Si había aprendido a andar a cuatro patas con la familia Akela, ¿por qué no imitar ahora a estos gentiles buitres que hacían corro a su alrededor? No lo pensó más, y se puso a dar saltitos, recobrando todo su buen humor.
–¡Qué torpe soy! ¡No hago más que caerme! –exclamaba.
–Continúa, continúa, subirás más alto y acabarás volando como nosotros.

–Somos amigos tuyos –añade otro buitre.
–Y nos gustaría mucho jugar contigo –propuso otro.
Mowgli estaba algo indeciso. Recordaba los consejos de la prudente Bagheera y de Mamá Loba. Siempre que los había olvidado, le había ocurrido alguna desgracia. Pero estos grandes pájaros no dejaban de reírse; parecían buenos amigos.
–Es que... yo no sé volar –dijo él para desanimarlos.
–No te preocupes; aprenderás enseguida. Ven, ven con nosotros. ¡Será muy divertido!

Había que ser muy ingenuo para creerse aquello. Tan ingenuo como Mowgli, que se esforzaba por saltar cada vez más alto, extendiendo sus brazos como si fueran alas. Creía que, tarde o temprano, llegaría a ser un pájaro. ¡Pobre muchacho! A dos pasos de allí, las altas hierbas se habían movido y una mirada penetrante seguía el juego de los buitres y del niño. Shere Khan no había tardado mucho en encontrar su rastro.

Mientras observaba aquella ridícula escena, una sonrisa asomaba entre sus bigotes. Esta vez no se le escaparía un muchacho tan imbécil. Sigilosamente, Shere Khan se levantó y dio un paso hacia adelante. No necesitaba tantas precauciones: nadie esperaba su ataque. Los buitres, arremolinados en torno a Mowgli, celebraban con grandes carcajadas sus vanos intentos de volar.
—¡Por fin eres mío, muchacho! —rugió Shere Khan, dando un gran salto.

Los buitres huyeron a todo vuelo. Mowgli, jadeante, se quedó solo ante el tigre. Había llegado el momento que tantas veces trató de evitar Bagheera: el encuentro con su peor enemigo.
Pero, si Mowgli había sido un insensato, también era un muchacho valiente, cualidad que había adquirido entre los lobos:
–¡No te tengo miedo! –dijo, haciendo grandes esfuerzos para no temblar.
–¡Eso me gusta! –respondió Shere Khan–.
Así no tendré que correr detrás de tí. Estás atrapado, Mowgli, y nadie podrá ayudarte.

—¡Escapa, Mowgli! —gritó un buitre pasando por encima de su cabeza.
—¡Corre, corre! —le aconsejaba otro.
Pero Mowgli tenía suficiente cerebro como para comprender que frente a Shere Khan, no bastaba con tener unas piernas ligeras. Sería inmediatamente alcanzado.

Así, pues, decidió luchar. Aunque la batalla estaba perdida de antemano, al menos se sabría en toda la selva que él se había defendido, que no había temblado ante el tigre. Y agarró un palo que había bajo sus pies.
—¡Atácame, si te atreves, Shere Khan! —gritó.
El tigre, furioso al verse desafiado por aquella pequeña cosa humana, lanzó un bramido ensordecedor y mostró sus garras.
—¡Nadie ha conseguido vencer a Shere Khan —gritó—. Yo soy el dueño de la selva, y te vas a enterar.
El tigre saltó...

...pero otro salto, más pesado, acompañado de un sordo gruñido, cortó su impulso. Baloo acababa de caer del cielo, o más bien del árbol contra el que Mowgli se había apoyado, y hacía frente al tigre, con su boca abierta, amenazante.
–¡Deja tranquilo al muchacho! –gritaba Baloo.
–¿Quién eres tú para darme órdenes? –respondió Shere Khan tratando de llegar a Mowgli.
Éste se encontraba un poco más seguro: su querido amigo Baloo estaba allí para alejarlo del peligro.

El oso logró ponerse detrás de Shere Khan y lo agarró con sus manazas por el rabo. El tigre echaba espumarajos de rabia, pero no podía avanzar un solo paso.
—Y ahora dime —gritó Baloo, enfurecido—, ¿qué querías hacerle al muchacho?
—¿Acaso no lo sabes? —bufaba de cólera el tigre.
—Eres un presumido— le replicó Baloo, que trataba de darle un buen escarmiento—. Debes saber que aquí, en la selva, este muchacho es sagrado, que tiene amigos para protegerlo y que tú no eres tan fuerte como proclamas a los cuatro vientos.
Mowgli se había calmado un poco, pero los ojos del tigre, que lanzaban destellos de furor, seguían infundiéndole miedo. Además, le parecía que su viejo y querido Baloo exageraba un poco: él era fuerte, pero el tigre no lo era menos. ¿Cuánto tiempo sería capaz de mantener agarrado aquel rabo que paralizaba a Shere Khan?
El tigre hacía esfuerzos desesperados, girando a derecha e izquierda para soltarse del oso, que ya comenzaba a jadear. Aquello parecía una fantástica pieza de ballet, acompañada de terribles bramidos y gruñidos. Mowgli contemplaba, fascinado, el espectáculo, Nunca hubiera creído que Baloo fuese tan valiente. Estaba arriesgando su vida por él, y una emoción, llena de agradecimiento, le embargaba el corazón. Pero era incapaz de articular palabra. ¿Cuánto tiempo duraría aquel duelo? Baloo sentía que el rabo se le escurría entre las manos, y gritó:
—¡Sálvate, Mowgli! ¡Ya nos veremos luego! ¡Rápido, sálvate!
Pero Shere Khan no estaba dispuesto a perder su presa, y se lanzó sobre los pasos de Mowgli.

El tigre intentó escapar, pero Baloo lo agarró de nuevo. El peligro que corría Mowgli multiplicaba sus fuerzas. Allí seguía, aferrado a aquel rabo cuyos movimientos, ágiles y poderosos, lo arrastraban y le hacían bailar alrededor del tigre.

Era una cuestión de vida o muerte para el muchacho. En toda su vida de oso, Baloo nunca había hecho alarde de tanta valentía y arrojo. El tigre seguía rugiendo de cólera y echando espumarajos por la boca.

Mowgli había obedecido a Baloo y trataba de salvarse a toda carrera. Sentía en sus talones el aliento de Shere Khan, y el miedo le daba alas.
Entre tanto, el cielo se había oscurecido y se levantaba un viento de tormenta. Un relámpago, de pronto, iluminó el horizonte



y el rayo estremeció la selva.
Mowgli no corría, volaba, intentando ganar terreno a sus perseguidores.
Saltó por encima de unas rocas y se dirigió hacia un gran árbol, al que podría trepar para recobrar aliento: se sentía al límite de sus fuerzas.

Los relámpagos eran deslumbradores y los truenos retumbaban cada vez más fuerte. Mowgli, por fin, alcanzó el árbol salvador, al que trepó tan ágilmente como un mono. Al pie del árbol, Shere Khan daba vueltas y más vueltas como un loco. El pobre Baloo no tenía tanta fuerza como creía: tras haber soltado el rabo del tigre, rodó sobre sí mismo y cayó al suelo, extenuado.

Mowgli se desesperaba. No podía hacer nada por su amigo: allá abajo, el tigre seguía dando vueltas y lanzando espantosos bramidos, arañando furiosamente el tronco del árbol. Baloo ni rebullía.

—¡Está muerto! —pensó Mowgli—. ¡Y todo por mi culpa! Pronto yo mismo estaré muerto también, porque el tigre no se irá de ahí hasta que yo caiga. ¡Estoy perdido!

Mowgli trepó hasta la rama más alta, para alejarse aún más de su enemigo. De repente, un resplandor lo cegó y se sintió llevado, como una simple brizna de paja, por los aires. Un rayo acababa de atravesar e incendiar el árbol. Mowgli, por fin, conseguía volar, pero transportado, claro está, por sus amigos los buitres. Éstos, desde lejos, habían sido testigos de todo el drama. Odiaban a Shere Khan, el arrogante dueño de la selva, y, por otra parte, apreciaban a aquel muchacho que se había prestado a jugar con ellos.

En realidad, salvaban a Mowgli de dos peligros: del fuego y del tigre. Lo depositaron un poco más lejos.

—¡Tienes que huir inmediatamente! —le recomendó el jefe—. El rayo tal vez haya alcanzado a Shere Khan, pero no es seguro.

—¿Huir ahora? —protestó Mowgli—. ¿Y dejar a Baloo allá abajo? ¡Jamás! ¡Tengo que arreglar cuentas con el tigre!

Se le acababa de ocurrir una idea: ¡el fuego! Sabía que todos los animales de la selva temían el fuego, y Shere Khan no iba a ser menos. Así, pues, tenía un arma. Rompió una rama y fue a encenderla en el árbol abatido por el rayo. Luego, se dirigió corriendo hacia aquella masa inmóvil: su pobre amigo Baloo.

En lo alto, los buitres sobrevolaban en redondo, vigilando todos los movimientos de Mowgli, pues habían oído rugir al tigre.

Shere Khan, al ver a Mowgli, intentó acercarse esquivando las llamas. Sus ojos brillaban de codicia: ¡Qué inocente! ¡Iba a meterse entre sus propias garras! ¿Es que aquel muchachito había perdido la razón? Ya se disponía a saltar, cuando una especie de nube lo rodeó: la nube de buitres, que pasaba al ataque. El tigre gritaba irritado:
–¿Cómo os atrevéis? ¡Largo de aquí!
Le respondieron con unos picotazos en el cráneo. Aquel terrible dolor le hizo rugir aún más. Mowgli, entre tanto consiguió situarse detrás de él y atar a su cola, con una liana, la antorcha que portaba. Shere Khan se volvió loco de terror y desapareció, selva adentro, con el rabo encendido entre las patas. Entonces, Mowgli se acercó a Baloo y tomó su cabezota entra las manos. El oso abrió un ojo.

–¡Baloo, mi querido Baloo! ¡No estás muerto! ¡Qué susto me has dado!
–¡Qué quieres que te diga en estas circunstancias! –exclamó el oso, rascándose la cabeza–. Sólo estoy un poco magullado. Pero, ¿dónde está Shere Khan?
Mowgli le contó todo lo que había ocurrido: el rayo, los buitres, el tigre ardiendo... Luego se adentraron en la selva, donde se juntaron con Bagheera! La tormenta había pasado y la noche caía lentamente. Nuestros amigos durmieron plácidamente.

Al amanecer reemprendieron el camino, los tres en agradable compañía. Mowgli cantaba; Baloo, de vez en cuando, se pasaba la pata por el chichón que tenía en la cabeza, y Bagheera reflexionaba. Sin que se diera cuenta, la pantera conducía a Mowgli hacia la aldea de los hombres. ¿Qué ocurriría en el momento de la separación? ¿Haría el muchacho una nueva travesura?
De repente, Mowgli dejó de cantar. Conocía perfectamente todos los ruidos de la selva: el canto tan dulce que ahora escuchaba, no era ciertamente el de un pájaro. Muy cerquita de allí, una voz desconocida tarareaba una canción. Apartó las ramas y vio a una jovencita, con un cántaro sobre la cabeza.

Sin duda, venía de la aldea que se divisaba un poco más lejos. Tranquila y confiadamente, la muchacha bajaba por el camino para ir a buscar agua al río. Mowgli no conocía a los hombres. Se los imaginaba como unos grandes animales, menos fuertes que sus amigos de la selva. ¡Nunca había visto criatura tan hermosa como aquella jovencita aldeana! Se miró a sí mismo, de la cabeza a los pies, y pensó: "¡Voy a darle miedo!"
Pero no podía apartarla de su mirada. Se acercó, escondiéndose entre los matorrales, todo lo que pudo. Bagheera retenía a Baloo, deseoso de acompañar a Mowgli:
–Déjalo solo –murmuró la pantera–. Creo, amigo Baloo, que acaba de producirse un milagro.
El oso refunfuñaba. No estaba muy de acuerdo.

Mowgli se volvió un instante
para preguntar a Bagheera, que
permanecía inmóvil, apenas a tres
pasos del muchacho:
—¿Qué es lo que estoy viendo?
¿Quién es esa criatura? ¿A qué
clan pertenece?
—Al tuyo —respondió la pantera—.
Es la hija de algún hombre que
vive en la aldea de que te he
hablado.



Mowgli se quedó pensativo. Él, el lobezno de la selva, por primera vez en su vida se encontraba frente a uno de los suyos. Sentía algo así como una extraña llamada en su interior: la llamada de los hombres.
Miró a Bagheera, a Baloo, a sus maravillosos amigos. Tuvo un tierno recuerdo para Mamá Loba y Akela. Pero volvió de nuevo los ojos hacia la bella muchacha, que arrodillada al borde del río, sonreía mientras llenaba su cántaro. ¡Era tan guapa!

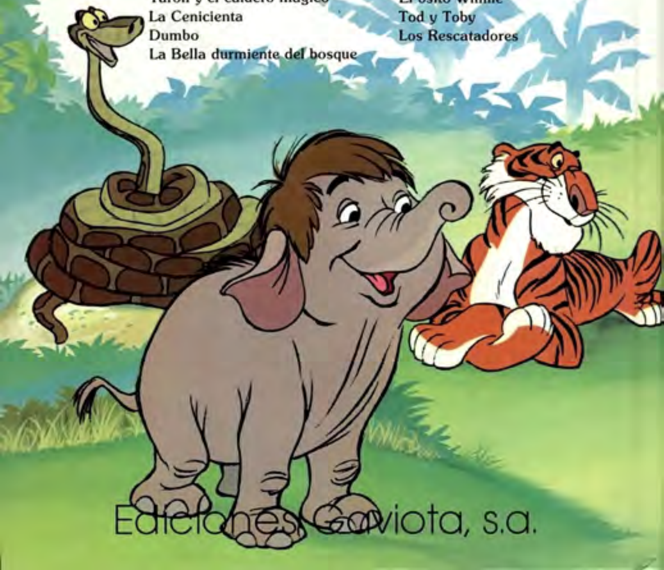
Mowgli dio un paso hacia adelante y el ruido sobresaltó a la muchacha, justamente cuando iba a colocar el cántaro sobre la cabeza. El cántaro rodó por el suelo. Mowgli no dudó un instante: corrió a ayudarla. Ella miró a Mowgli, estupefacta:
—¿Y tú quién eres? —le preguntó.
—Tu amigo —respondió Mowgli—. Bueno... soy tu amigo si a ti te parece bien.
La chica asintió inclinando graciosamente la cabeza. Y Mowgli, muy orgulloso, cargó con el cántaro...

La muchacha caminaba delante de Mowgli. De vez en cuando, se volvía para animarlo con una sonrisa. Cuando llegaron a la cancela de la casa, Mowgli no vaciló y entró en el patio.
La aventura del bebé abandonado en la selva llegaba a su fin. Mowgli regresaba a la aldea de los suyos, tal y como Bagheera lo había querido.
Desde el lindero del bosque, Baloo y la pantera lo seguían con la mirada.
—¡Misión cumplida! —suspiró Bagheera—. ¡Será un hombre como los demás!
Y los dos amigos de Mowgli regresaron a sus dominios: la inmensa selva.

FIN

# Obras clásicas Disney

- Merlín el Encantador
- Pinocho
- Peter Pan
- Alicia en el País de las Maravillas
- El Libro de la Selva
- Donald y sus amigos
- Basil, el ratón superdetective
- Tarón y el caldero mágico
- La Cenicienta
- Dumbo
- La Bella durmiente del bosque
- Bambi
- Blancanieves y los siete enanitos
- Los Aristogatos
- 101 Dálmatas
- La Dama y el Vagabundo
- La Navidad de Mickey
- Robin Hood
- El osito Winnie
- Tod y Toby
- Los Rescatadores



Ediciones Gaviota, s.a.